

CHRISTIAN RAMÍREZ

Hay muchos motivos para celebrar la nominación al Oscar de "El Agente Topo", en la categoría Mejor Documental. Es una gran película, acerca de un tema urgente, con protagonistas inolvidables y, claro, es otra expresión más de la madurez alcanzada por la generación de realizadores que emergió en el país post 2000. Pero mi favorito es otro: la confirmación —ahora, a nivel del *mainstream*— de la natural conexión del cine chileno con la no ficción.

Sinceremos. Hace muchos años que nuestra producción documental supera con creces a la de filmes argumentales, y no solo en cantidad (la proporción es cerca de tres a uno) o en la relativa importancia de las temáticas escogidas, sino donde importa: en la capacidad de los realizadores para ofrecer una experiencia cabal a quien mira, en la voluntad por hacerse cargo de lo que nos inquieta, nos preocupa y nos conmueve.

No deja de ser una cruel ironía que todo esto se esté produciendo en un escenario donde los tradicionales difusores del formato (festivales de cine, salas y canales de TV abierta) se encuentran sumidos en profundas crisis y que sea un nuevo actor —el *streaming*— el que esté beneficiándose al proporcionar una compuerta de salida a un caudal creativo que paulatinamente ha ido acumulándose, pero cualquier comprensión del fenómeno (y del auge que sobrevendrá) nos obliga a retroceder antes de Netflix y sus amigos, hacia un momento en el documental era una especie de curiosidad en la programación fílmica y era visto, por muchos, como una suerte de pariente pobre de la ficción.

### Puntos de partida

Hay que devolverse, de hecho, a la segunda mitad de los años 90, a los días en que Ignacio Agüero —por entonces, ya un cineasta de sobrada experiencia— comenzó a filmar diversas demoliciones en el sector oriente. No lo hacía con un propósito fijo. No estaba pensando en dirigir una película, más bien quería plasmar una intuición: delante suyo estaban los barrios en los que él había vivido, circulado y trabajado por décadas, y que, de pronto, comenzaban a modificarse de forma acelerada. Crecían en altura. Se densificaban. La ciudad cambiaba, frente a sus ojos. ¿Qué gatillaba la metamorfosis? ¿Quiénes construían

### En los 2000 el género experimentó un marcado giro hacia el documental testimonial y de autor.

esos edificios? ¿Quiénes llegaban a habitarlos? Esas y otras preguntas fueron las que dieron forma a "Aquí se construye" (2000) e hicieron de la cinta el punto de origen del documental chileno contemporáneo. Buena parte de lo que ha ocupado al género en el último par de decenios está expresado de manera cabal en su filme. Transformación del paisaje social y urbano. Desigualdad. Despolitización gradual de los discursos. Cierta perplejidad en torno a lo que implica ser chileno tras el retorno a la democracia, en pleno cambio de siglo y de cara a un escenario donde identificarse como consumidor se volvió una acción tanto o más radical que definirse como militante. ¿Les suena familiar?



"El Agente Topo", de Maite Alberdi.

Documental chileno en el siglo XXI:

# Lo mejor de LO NUESTRO

La reciente nominación al Oscar de "El Agente Topo" pone el foco sobre el incansable trabajo de nuestros cineastas en el género de no ficción. Algunos de los mejores filmes chilenos de las últimas dos décadas son documentales.

### 15 Documentales imprescindibles

- **Aquí se construye** (2000), de Ignacio Agüero
- **La última huella** (2001), de Paola Castillo
- **Actores secundarios** (2004), de Pachi Bustos y Jorge Leiva
- **Malditos. La historia de los Fiskales AdHok** (2004), de Pablo Insunza
- **Calle Santa Fe** (2007), de Carmen Castillo (disponible en Cinetea Nacional Online)
- **Nostalgia de la luz** (2010), de Patricio Guzmán
- **El edificio de los chilenos** (2010), de Macarena Aguiló (no disponible)
- **Hija** (2011), de María Paz González
- **Sibila** (2012), de Teresa Arredondo (no disponible)
- **Los Rockers** (2012), de Matías Pinochet (en YouTube)
- **Crónica de un comité** (2014), de Carolina Adriaola y José Luis Sepúlveda
- **Surire** (2015), de Bettina Perut e Iván Osnovikoff
- **El viento sabe que vuelvo a casa** (2016), de J.L. Torres Leiva (en RedSalas.cl)
- **Los niños** (2016), de Maite Alberdi (no disponible)
- **La directiva** (2017), de Lorena Giachino
- **Los reyes** (2019), de Bettina Perut e Iván Osnovikoff (en Vimeo on demand)

Salvo se indique lo contrario, los títulos están disponibles en Ondamedia.cl



"Los reyes" (2019), de Iván Osnovikoff y Bettina Perut, sobre una pareja de quiltros.



"Los niños" (2016), de Maite Alberdi. Parte de la trilogía que la directora le dedica a la vejez.



"El viento sabe que vuelvo a casa" (2016), de José Luis Torres Leiva.

En la certera mirada que "Aquí se construye" arroja sobre nuestro devenir se cristalizaba la inesperada evolución de un género que en las décadas anteriores había explorado caminos tanto etnográficos y ecológicos como políticos, pero que en los 2000 experimentaría un marcado giro hacia el documental testimonial y de autor, una variante de matriz europea, sin duda muy influida por la programación del festival de documentales Fídocs y en la influencia de su fundador y entonces director, Patricio Guzmán. Los primeros frutos de ese empuje se reflejaron en clave memorial a través de filmes como

"Actores secundarios" (2004) y su relato de las protestas de estudiantes secundarios en los 80 (que prefiguró las revoluciones pingüinas de años posteriores); "El edificio de los chilenos" (2010), testimonio de primera mano de una infancia transcurrida en el exilio; o "Nostalgia de la luz" (2010), donde el propio Guzmán reflexionaba acerca del pasado distante, cristalizado vía la observación astronómica y las huellas de la dictadura en un país al que el cineasta apenas es capaz de reconocer. Eso sí, la palabra final acerca del tema aún está en manos de "Calle Santa Fe" (2007), de Carmen Castillo, ambicioso trabajo acerca de los

compromisos, traiciones y dolores vividos por ella y sus cercanos.

Pero esa es solo la mitad de la historia. Paralelo a esa evolución, el documental chileno comenzó a desplegar un intenso poder de diálogo entre los propios cineastas, generando respaldo institucional (que se ha reflejado en organizaciones como Chileco Adco) y la paulatina exploración de rutas hasta entonces inexploradas: la creciente abstracción de las películas de José Luis Torres Leiva —"Ningún lugar en ninguna parte" (2004), "El tiempo que se queda" (2007) y "Tres semanas después" (2010), sobre el terremoto del 27— encontraron su eco en los trabajos de formato cada vez más libre emprendidos por Agüero ("El otro día", 2009), estableciendo un diálogo artístico que culmina en el filme chileno más bello de la década pasada: "El viento sabe que vuelvo a casa" (2016), donde Torres Leiva conduce con mano maestra la historia de un documentalista (Agüero) que viaja a una isla chilota en presunto plan de investigación, sólo para toparse con un paisaje físico y humano apabullante e indiferente a su búsqueda. Se trata de una película tan enigmática como lúcida: todo lo que vemos en pantalla ocurrió en realidad, pero el relato mismo está narrado con la lógica y las reglas del cine de ficción.

### Puntos de llegada

Es al corazón de este cruce de lenguajes donde se concentra lo mejor de nuestra producción documental en estos días. El punto donde se intersectan "Hija" (2011), fascinante *road movie* en la que una madre y su hija (María Paz González, realizadora del filme) "trepan por Chile" en auto, desde Temuco a Antofagasta, en ánimo de aventura y autotaxamen; "La directiva" (2019), donde al filmar los ives y venires de una asociación de árbitros, Lorena Giachino compone el examen más diáfano y descarnado de nuestra vocación política y tradición democrática; y "Los reyes" (2019), en que la dupla directorial Perut-Osnovkoff prolonga su obsesión con las formas y el espacio, esta vez aplicado a una pista de *skaters* del Parque de los Reyes, donde una pareja de quiltros convive con un grupo de muchachos marginales, a quienes escuchamos, pero nunca vemos.

Este es el paisaje que alimentó el origen de "El Agente Topo" y casi todo el trabajo de Maite Alberdi, quien con esta obra cierra una trilogía articulada sobre diversas perspectivas de la tercera edad en el siglo XXI —las notables "La once" (2014) y "Los niños" (2016)—, y que por ahora está bien posicionada en el mes y medio que resta de la carrera por la estatua dorada.

Dicho lo anterior, el cine chileno todavía mantiene una deuda pendiente con la no ficción: el escaso desarrollo de los nuevos documentales temáticos. En parte por la gran influencia ejercida por el documental "de autor" y en parte por el alto costo de trabajar con materiales de archivo, nuestros cineastas rara vez se zambulleron en filmes biográficos o históricos —la gran excepción es "Chicago Boys" (2015) y un buen puñado de documentales musicales—, el problema es que, precisamente, es el formato que Netflix, Amazon y otros servicios de *streaming* parecen estar privilegiando y difundiendo, cada vez con más empuje. ¿Cómo se responderá ante esa demanda? Esa parece ser la nueva frontera.

### Crítica de arte

EXPOSICIONES DE MARZO:

## Preece, Serra, Correa

WALDEMAR SOMMER

El concepto de deterioro por efecto de tiempo y del uso resulta asunto no poco frecuente entre nuestros artistas actuales. También lo fue en el caso de la magnífica instalación de Sebastián Preece de 2014. Hoy día muestra el, también en Galería Patricia Ready, esa acción mediante luz diurna, lluvia artificial y viento sobre amplios cartones textiles, pintados con tierra de color y pigmento. Se trata, pues, de una propuesta abstracta, de un informalismo de huellas y manchas, sumada a previas veleduras pictóricas del soporte. Se provoca, por lo tanto, una serie de imágenes que apelan a la subjetividad de cada observador. Acaso podría advertirse en estas pinturas el ejemplo remoto de los famosos rasurables de Monet y, más de nuestros días, acaso de los muy interesantes recobros de Josefina Fontecilla, a partir de los efectos del tráfico doméstico y sobre todo de las ratas seculares sobre tapices. En nuestro caso,

sin embargo, a la larga los resultados obtenidos tienden a restarse. Es que la concurrencia numerosa de las variaciones buscadas por el expositor carece de un hilo conductor verdaderamente significativo, convirtiéndose en una secuencia monótona, donde se ausenta la necesaria tensión visual. Hasta cabría disminuir o aumentar la cantidad de sus integrantes, sin que el fruto plástico se mostrara mayor o menormente alterado, en beneficio de sus méritos visuales y anímico.

La misma galería nos entrega la obra conjunta de los hermanos Marce y Pablo Serra. Aunque todavía menores de cuarenta años, ambos han desarrollado cierta trayectoria. En esta ocasión, desde un comienzo saturan los muros extensos de la gran sala principal y del largo pasillo lateral del local de Vitacura. Lo abigarrado del conjunto —materiales e imaginaria— subraya su denuncia de los excesos a que se halla sometida hoy la difusión del arte contemporáneo a través de la indus-

trial mercantilización del cine, la televisión, la historia cómica, los videojuegos, las técnicas multimediales y digitales. De esa manera, la violencia inducida pareciera estar volviéndose reflejo de la sensibilidad juvenil de nuestra época. Y esa trágica realidad en crecimiento está transmitida al espectador por la dupla expositora con evidente ironía. Por cierto, hay desigualdades de logros dentro de las secuencias, polípticas y escenas aisladas exhibidas. Si bien, entonces, las realistas construcciones más complejas —unidades iguales de plástico o madera en reducido formato, mostacillas, palitos pintados, mosaicos con cuadrados— constituyen trabajos atractivos y correctamente ejecutados, cuando se trata de trabajos más simples —dibujos, volúmenes en dimensiones menores— la destreza formal y el interés decaen. Eso, dejando de lado lo tanto obvia interpretación de la obra maestra de Van Gogh.

Asimismo durante este supuesto



Sebastián Preece. La luz, la lluvia artificial y el viento sobre amplios cartones textiles, pintados con tierra de color y pigmento.

inicio de temporada, trabajos de Angeles Correa son ofrecidos por Galería La Sala. Aquí, lo que realmente conviene corresponde a los originales perfiles volumétricos. En ellos, saca partido de la destrucción y oxidación respectivas de la madera y del metal, provocada por el paso de los decenios y del manejo desgastante. Y el artista arranca estos despojos de botes chilotos, para luego manipularlos imaginativamente, insuflando su tosca hermosura a los volúmenes planos que nos propone. Ellos, no obstante, solo alcanzan su

### PRECIPITAR...

El azar y los efectos de tiempo y clima en las pinturas de Sebastián Preece

**REALISMO SIN RENUNCIA**  
Marce y Pablo Serra, defensa de la pintura mediante eloucentes saturaciones

**Lugar:** Galería Patricia Ready  
**Fecha:** hasta el 8 de abril

**WABI SABI: ENCONTRAR BELLEZA EN LAS IMPERFECCIONES**  
Angeles Correa y el empleo de material desechado de botes chilotos

**Lugar:** Galería La Sala  
**Fecha:** hasta el 24 de abril